

2012

## EL AMOR AL LENGUAJE

*Melba Guariglia.*

Agradezco a la Academia por la invitación a esta mesa en el marco del Día del Libro, y a María Cristina Dutto por su labor realizada en el ámbito de la corrección de textos. Es un honor estar aquí junto a trabajadores de la cultura y a lectores amantes de los libros. Gracias y felicitaciones.

En mi caso reúno el ejercicio de varios artes u oficios, los cuales se han alternado a lo largo de los años y permanecido como un mandato inevitable: autora, correctora, editora. Desde el texto escrito al texto leído –o viceversa– pasar por una cadena de producción tratando de cumplir fielmente cada personaje no ha sido sencillo para mí, aunque sí placentero. Por eso me animo a reflexionar sobre algunos tramos de mi experiencia diversa, donde crear un único protagonista no siempre fue posible. Y viene a cuento de esta celebración, entre lecturas retocadas y libros de todos los días del año.

Lo difícil de cada una de las labores emprendidas por mí fue intentar que cada personaje imitara al arte, es decir, tuviera una finalidad estética y expresara una visión del mundo. Y digo difícil porque los seres humanos aspiramos a la perfección a pesar de que ese intento requiere una corrección permanente de nuestros actos. De ahí que como autora continúe en la búsqueda del lugar de la belleza y el valor de lo imposible, como correctora la flexibilidad y el esplendor para lograr la comunicación plena, como editora la capacidad de unir los eslabones de esa cadena y producir el libro de toda la humanidad.

Lo placentero de mi actuación, en diálogo con estos personajes, ha sido descubrir por medio de las palabras el amor al lenguaje, a la comunicación, a la lectura y al deseo apremiante de saber. Y encontrar en el ejercicio de cada tarea pequeños trazos de humor que la transforman en imprescindible.

Ahora bien, deteniéndome en el arte y oficio de la corrección, cuyo desempeño iniciara en México hace ya muchos años, creo que además de un trabajo apasionante, este ha sido una buena manera de canalizar

mis obsesiones por los diccionarios, desacralizar mis disputas con la be y la uve, la ce, la ese y la zeta, denunciar el poder de las mayúsculas sobre las minúsculas, rescatar la voz en el humor de la Hache, y comprender que cada día se abre una nueva forma de comunicarse entre quienes tercamente crean y recrean, en las distintas épocas, signos de acercamiento.

La corrección de textos está ligada a los orígenes de la escritura, pero es desde la invención de la imprenta cuando ha sido reconocida y considerada “el alma del libro”. “La mayor perfección y pureza de la impresión consiste en los correctores”, afirmaban los eruditos en esa época. Estas opiniones se fueron diluyendo en el transcurso del tiempo, a través del cual la imagen del corrector de páginas pasó a ser casi invisible, cuando no inexistente. Sin embargo, detrás de cada libro o texto impreso hay personas que laboran con la palabra tanto o más que los autores y editores, y auscultan letra por letra, rastreando formas, contenidos y significados, atienden gerundios y adverbios, eliminan anfibologías, cacofonías, muletillas, argumentan modificaciones acordes a los cambios de la lengua.

Oculto entre las páginas de un libro está esa figura que ha cambiado sucesivamente de nombre porque no es el nombre el que designa, sino la función que ocupa y pre-ocupa: *castigator*, corrector, revisor, preparador, enmendador, asesor lingüístico, etc., el corrector merece presencia, celebración, por ser parte de la producción de un objeto real o virtual surgido en el ámbito de la comunicación escrita. Una esforzada y puntillosa tarea donde los duendes no escapan a sus ojos, ni los párrafos a sus oídos. En el bosque mágico de la escritura, en la intersección de autores y editores, entre el tronco del lápiz y la pantalla donde navega el rápido ratón, concentrados en la mirada de los destinatarios lectores, los y las correctoras existen con la velocidad de sus sentidos en busca de erratas, conceptos, guiones, tipos y fuentes de transparencias.

En mi diario quehacer, ubicua en la tríada autora-correctora-editora, sumado mi papel de lectora todo terreno, he visto y escuchado roer a las erratas en medio de largos rollos de papel escrito, galeras y pruebas, y advertido sus orejas asomadas entre una fronda de letras o su hocico levantado en la sombra de un párrafo, mientras procuraba el cuidado más pulido del discurso. Es un desafío continuo y genuino sorprenderlas y sopesar su riesgo: inocuo, banal, oscuro o capaz de modificar la historia.

A pesar del peso de los pesares, más allá de la imaginación creadora, encontramos que los equívocos o yerros que aparecen en el dominio de la escritura nos llevan de la mano al concepto de trabajo humano. A propósito Neruda reconoce: “Tenemos que descender de nuestro castillo verbal y comprender la infinita labor que se ocultó bajo cada línea:

movimientos de ojos y manos, los socios anónimos del pensamiento, los trabajadores que desde Gutenberg siguen perteneciendo al ejército que combate con nosotros”.

Sí, el producto libro es el resultado de un trabajo colectivo, y para quienes convivimos muchas horas con el alfabeto una tarea extensamente compartida. Son las “erratonas”, las buscadas en primer lugar por los trabajadores de los Departamentos –mal llamados de “Corrupción”– de diarios, revistas, empresas editoriales, ahora también conformados en espacios virtuales que escapan al automatismo de las máquinas. Ellas se cuelan subrepticamente con sus largas colas entre las palabras, bordean las letras, arremeten contra las mayúsculas y acechan en las cláusulas menos pensadas, sin temor a las consecuencias. Bailotean con los duendes, se toman de las patitas con tanto candor que muchos escritores se han visto beneficiados con esta danza, y por ende, los editores. Claro que no todos. Algunos se ven obligados a perseguirlas porque cambian el rumbo de la frase y se alejan demasiado de la intención primera. Para esto están los correctores custodios, para que el “perdón” sea “imposible” sin la coma, la verdad no sea tal, con o sin ella. O el “no, espere”, no se transforme en un desesperado no esperar. También están allí para rescatar un juicio sobre Sor Juana Inés de la Cruz, en aquel texto que decía: “Por su excelencia poética fue llamada ‘La pésima musa’”. Y en la novela de Saramago cuando su personaje con una simple interjección negativa evitó el sitio de Lisboa. Para advertir también, como Mark Twain: “cuidado con los libros de salud porque podemos morir por culpa de una errata”.

Poética o no, literaria, científica, académica o técnica, las palabras impresas sobre cualquier soporte hoy –y cada vez más– asume el desafío de perderse en el caos si no es acompañada del conocimiento profundo del idioma y de los procedimientos del arte y el oficio de editar y publicar, es decir, de llegar al pueblo, según la misma raíz etimológica, con la calidad y claridad que éste merece.

Mucho deben los autores y editores al corrector en el manejo del lenguaje, a sus competencias específicas, cada vez más profesionales y especializadas, más allá del salvataje de los roedores-errores garrafales que hacen de esta figura un eficaz flautista. Con base en la espontaneidad de los textos algunos escritores subestiman la importancia de comunicar correctamente, aun cuando son conscientes de que sus palabras están destinadas a ser públicas. Y algunos editores se otorgan la potestad políglota y universal sobre la elaboración exclusiva de los libros. Es cierto que algunos correctores no pueden con sus ansias de transformar sus comentarios y señales en “deleátures” digitales, asear compulsivamente frases y palabras, y deslizarse a la ultra-corrección entusiasta o a embe-

llecer con nuevos giros idiomáticos lo que supone escueto sin advertir su inmodestia, pero ahí está el editor para distinguirse y equilibrar los aspectos formales en salomónica triple alianza.

Mientras debatimos el sexo del lenguaje, los límites de la corrección y los peligros de su perfeccionismo, la dinámica social de los idiomas, la incorporación de nuevas palabras, los cambios de la era digital, las polémicas polémicas de las Academias, la modificación del antiguo nombre de duende de las imprentas por el de virus o bacteria informática, aparecen todavía quienes creen que “el corrector” es el líquido *paper* o un programa de Word.

No obstante, también aparecen estudios que destruyen mitos, por ejemplo, el de la idea original de la primera edición del *Quijote*. Estos descubren que en ella se percibe “la mano de quien lo preparó y quien lo compuso”. Francisco Rico, reconocido lingüista español, encuentra razones para afirmar que el primer texto de *Don Quijote*, impreso en 1604, era muy distinto del que salió de la pluma de Cervantes. Su investigación muestra que una misma copia, leída por correctores o componedores diferentes en el Siglo de Oro, podía dar lugar a importantes variaciones gramaticales y léxicas. Es así que el famoso libro magistral puede haber sido escrito o reescrito por esos otros duendes ilustrados, los cuales por ahora son llamados correctores, y correctoras como lo prefieren los estudios de género.

Por otro lado, confieso que la eterna insatisfacción que me asalta como autora continúa presente en mis otros personajes, no puedo enmendar la plana de nadie en el significado profundo del texto, ni tomar el pulso a un libro desde mi pequeño lugar de editora sin esperar algo más. Pienso que un trabajo como el de la corrección –arte y oficio– no dejará de existir nunca porque corregir es perseguir la verdad y he seguido al pie de la letra el Libro de los Consejos cuando dice: “Mientras no alcances la verdad no podrás corregirla. Pero si no la corriges, no la alcanzarás. Mientras tanto, no te resignes”. Y ese es mi lema.